

# EL AMIGO DE LA INFANCIA.

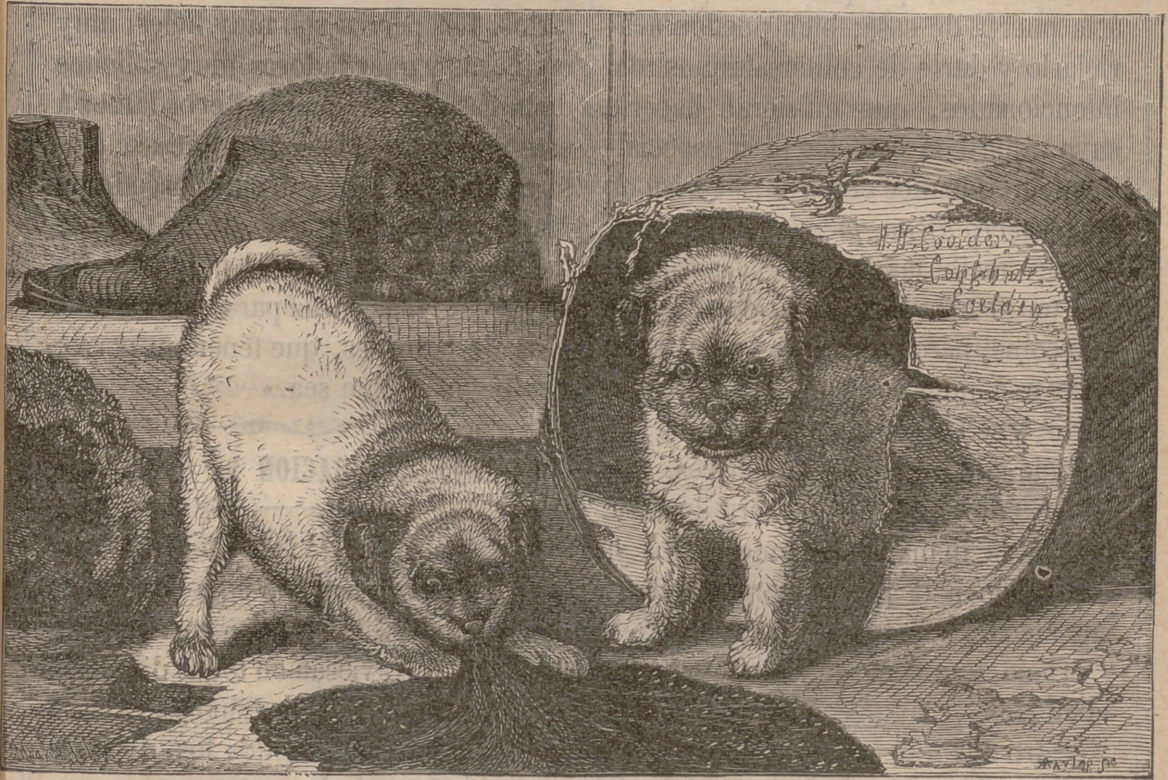
PERIÓDICO ILUSTRADO.



AÑO II.

MADRID 1.º DE ABRIL DE 1875.

NUM. 13.



## NUESTRO PERRO.



tenemos un perro que se llama Moro; no es muy bonito que digamos, pero tiene cualidades muy buenas, que le recomiendan.

En la lámina lo veis junto con su hermano el Sultan que murió hace unos días. Está rompiendo un pañuelo de su amo, mientras que Sultan lamiéndose de gusto, acecha el momento de tomar parte activa en su obra de des-

truccion. No debe esto sorprenderos, pues es gusto especial de estos animales destrozar cuanto encuentran, especialmente cuando son muy jovencitos, como lo era Moro en la época de esta narracion. Esta misma aficion á destruir tienen tambien algunos muchachos, de quienes no por eso debe ya decirse que sean malos; son debildades de la edad.

Mas aparte de estas faltas de fácil

perdon, voy á contar algunas virtudes tuyas. Es muy fiel, quiere mucho á sus amos actuales, (ya por sus travesuras lo han echado de otras casas,) y bien podemos dejarlo en cualquier calle de Madrid, que pronto lo tenemos á la puerta de casa; bien pueden acariciarlo y darle de comer algunos mal intencionados, que quisieran hacerlo suyo, que con este les pasa especialmente lo que dice el refran: «*Quien da pan á perro ajeno, pierde pan y pierde perro;*» recibe las caricias, las agradece con un meneo de su cola; coge el pan y lo come, pero cuando ya no hay mas, hace una mueca al que queria enganarlo, y se larga á carrera tendida, dejándole con un palmo de narices. Una noche entera se quedó fuera de casa, mas á la mañana siguiente estaba ya esperando á la puerta para saludar á sus amos.

Tiene tambien, entre otras buenas cualidades, la afeccion á los niños. Nuestro Juanito, que aun no tiene dos años, y él, son los mejores amigos del mundo. Muchas veces Juanito pide pan para Moro, y es de ver la delicadeza con que este coge los pedacitos de pan de la mano de su amigo, para no lastimarle los dedos. ¡Cuántas veces los encontramos á los dos rodando por el suelo y murmurando sus cariños en un lenguaje que ellos solos entienden! Y no una vez sola terminan sus juegos con besos recíprocos.

Juanito no puede ver sin llorar que se pegue al perro, y solo se tranquili-

za cuando se le dice que Moro ha sido malo.

Esperamos que nuestro hijo tendrá siempre este mismo cariño con los animales, porque es uno de los vicios mas feos en los niños el acosarlos ó maltratarlos. Los perros son muy fieles, muy cariñosos y guardadores muy solícitos de la casa de sus amos. Recordamos á este propósito la anécdota que se cuenta de un famoso ladron ahorcado en Madrid, el cual, ya desde el tablado de la ejecucion, dijo al público: «No hay medio mas eficaz para guardar una casa de ladrones, que tener un perro, por pequeño que sea.»

## LA PRIMERA ORACION DE CARLOTA.

### CAPÍTULO I.



En un arco de aquellos puentes de los ferro-carriles que atraviesan en todas direcciones la gran ciudad de Lóndres, véase hace algunos años todos los dias, de cinco á ocho de la mañana, una pequeña tienda de café con leche. El aparato era muy sencillo; una mesa de madera de pino, y sobre ella una cafetera y algunas tazas. La pequeña tienda tenia numerosa clientela de obreros que hacian allí parada al marchar á su trabajo. En los dias de lluvia tenian allí una guarida donde podian almorzar con descanso.

Tras de la mesa habia un hombre ya avanzado en años, de estatura alta y un exterior poco simpático. Tacitur-

no por temperamento, hablaba rara vez, y su único cuidado era el de servir pronto á sus parroquianos.

Nadie sabia su vivienda sino el comisario de policía, que todas las mañanas al pasar le saludaba. Poco les importaba no saber de él; mas lo que se veía siempre era que aquel hombre llevaba á guardar todas las mañanas, á las ocho en punto, su mesa y demas utensilios en una posada vecina, y se alejaba mirando cautelosamente á derecha é izquierda.

Muchos años hacia ya que las gentes venian favoreciendo su tienda, cuando una mañana el cafetero observó una cosa nueva para él. Dos ojos negros como el azabache estaban fijos en él, y solo se apartaban para dejar caer miradas hambrientas sobre el pan con mantequilla, como los de un raton que está codiciando el queso de la ratonera; eran los ojos de una hermosa niña, cuyos cabellos caian en desorden sobre un

rostro angelical; sus hombritos desnudos temblaban con el viento helado de la mañana; una pollera de algodon le servia de vestido, y sus pequeños piecitos desnudos, queriendo evitar el contacto del empedrado húmedo, levantábanse alternativamente. La pobre niña no pedia limosna, pero cada vez que veía una taza llena de café caliente, brillaban sus ojos, y sus labios se movian, queriendo beber aquel delicioso brevaje.

«¿Qué quieres, chica?» dijo el cafetero. «Anda, véte, nada tienes que hacer aquí.»

«Voy, voy,» contestó la chica; «yo habia creido que no hacia mal, y queria abrigarme aquí un poco. ¡Llueve tanto y estoy tan mojada! Mamá no ha vuelto á casa en toda la noche y no he podido entrar; he pasado la noche en la calle. ¡Me hace tanto bien el poder absorber el olor aromático del café, porque tengo hambre! Además, mientras estoy aquí, no se fijan los comisa-



rios de policía en mí; piensan que he venido á almorzar.»

Al decir estas palabras, reíase la pobre niña como si quisiera burlarse de su pobreza y de la policía.

«¿Entonces no tienes nada que comer?» preguntó atónito el cafetero.

«No,» contestó la chica, «y tal vez tardaré mucho en recibir un pedazo de pan; V. es muy feliz, señor, en no tener que sufrir hambre.»

Diciendo esto, se iba alejando la pobre, echando al cafetero una mirada que le daba á entender, que para ella los sufrimientos habian principiado desde muy temprano; pero apenas habia andado algunos pasos, cuando oyó que la llamaban, y al momento volvió al arco del puente.

«Ven,» dijo el cafetero; «aquí hay un poco de café y un pedazo de pan: pero no vengas mas, ¿lo oyes? No doy nada á los pobres, y si me hubieras pedido una limosna, habria llamado un agente de policía; no lo has hecho y serás recompensada. Ven, aprovecha la ocasion, calienta tus piés y almuerza tranquilamente.»

La chica no se dejó decir esto dos veces; se sentó contenta sobre una canasta al lado del brasero ardiente, y devoró con ansiedad el almuerzo, sin dar tiempo á espresar su reconocimiento sino con una mirada llena de gratitud.

«¿Cómo te llamas?» preguntó al fin el hombre, viendo que la niña habia saciado el hambre un poco. «¿Pero

por qué razon te pregunto esto?» añadió; «¿qué me importa?»

«Yo me llamo Carlota,» respondió ella; «la mamá y los vecinos me llaman *Lota*, y Dios sabe cuántas veces me llaman al dia. No se oye mas que *Lota* arriba, *Lota* abajo; las bofetadas, puntapiés y golpes que recibo en pago de mi trabajo, no tienen número. Mirad, señor, las señales en mis brazos...»

Al decir estas palabras mostró la pobre á su nuevo amigo señales bien claras de los maltratamientos que recibia, y este la miró con compasion.

«¡Oh si pudiera quedarme aquí!» exclamó; «pero tengo que irme y no puedo volver, porque V. dice que me denunciará á la policía.»

«Sin duda que no debes volver; pero mira, si me prometes no venir por aquí en toda la semana, te permito volver dentro de ocho dias y te daré otro almuerzo; ahora véte y manéjate bien.»

«Gracias, señor, gracias,» dijo Carlota contenta, saltando de su asiento, para probar que aceptaba la propuesta, y con un saludo gracioso desapareció como un pajarillo.

#### REFRANES.

Quien va al molino, preciso es que se empolvorice.

Quien hace lo que no debe, le sucede lo que él no cree.

Quien de lo ajeno se viste, en la calle le desnudan.



LA RESURRECCION.



Los que fuera del curso y armonía,  
Que con ley inmortal gobiernan el suelo,  
Visteis el sol entristecer el cielo,  
Y suceder la noche al medio día:  
Los que visteis con triste melodía  
Llorar las piedras, y romperse el velo,

Morir la Vida, y convertirse en hielo  
La luz del mundo que en sí misma ardía:  
Mirad el Sol que la prision levanta  
Al luminoso cuerpo soberano,  
Mirad la Vida que á la muerte espanta;  
Pues con los rayos de su eterna mano  
Renueva de su templo el alma santa  
El cinco veces roto velo humano.

(LOPE DE VEGA CARPIO.)

### EL INCENDIO.

Vivian en una casa aislada cerca de un bosque unos padres con dos niños y una criada jóven. Una noche en que el viento soplaba con violencia y grandes nubarrones oscurecian el cielo, se oyó de pronto el terrible grito de «¡fuego, fuego!»

El padre despertó sobresaltado no dándose cuenta en el momento de lo

que significaba aquel ruido; mas como llamasen á la puerta y todos los vecinos acudiesen gritando cada vez mas fuerte: «¡fuego, fuego!» se arrojó fuera de la cama y conoció que era su propia casa la que ardía. Inmediatamente con su mujer, y el mas pequeño de sus hijos que dormía en la misma alcoba, se puso en seguridad. Su hijo mayor de diez años, quedó dormido. «¡Oh! ¡hijo mio, hijo mio!» gri-

taba el padre dando vueltas á la casa.

Penetrar de nuevo era imposible: la escalera estaba ardiendo. El viento soplaba con mas violencia, y la casa entera no era mas que una inmensa hoguera.

Al fin en una de las ventanas apareció el pobre niño rodeado de maderas inflamadas.

«Papá, papá,» gritaba, «sálvame.»

«Aquí, aquí, Carlos,» dijo el padre, estoy bajo la ventana, «déjate caer, yo te recibiré en mis brazos.»

Carlos subió sobre el borde de la ventana; mas tuvo miedo de dejarse caer.

«Carlos,» gritó de nuevo el padre, «déjate caer.»

«Yo no te veo, padre mio.»

«Yo estoy aquí, pronto á recibirte. Fíate de mí, yo te salvaré.»

«Tengo miedo, papá.»

«Déjalo todo y no temas, tu padre está aquí, él te recibirá en sus brazos,» gritaron los vecinos.

Carlos sentia ya el ardor de las llamas, y si permanecia allí, seria abrasado; sabia que su padre era fuerte, que lo amaba y lo esperaba para salvarlo. Entónces temblando y respirando apénas, se arrojó, y un instante despues estaba en los brazos de su padre. Éstaba salvado, y todos se regocijaron.

Ved mis queridos niños, de qué espantosa muerte escapó el pequeño Carlos por la confianza que tuvo en la palabra de su padre.

Y vosotros, mis pequeños y queridos amigos, que habeis leído esta historia: un incendio os amenaza, no de un fuego que solo quema el cuerpo, mas del fuego eterno que atormentará el alma de todo pecador.

Como para Carlos, no hay para vosotros mas que un solo camino de salvacion; este camino os está abierto por el amor de un Padre. Dios os ha amado tanto que no quiere que perezcais en vuestros pecados.

Jesus se sujetó á la muerte por vosotros, sabiendo que no podíais salvaros por vosotros mismos; y viéndoos dormir en medio del peligro, os dice: «*Despiértate tú que duermes y levántate de entre los muertos.*» (Efesios 5, 14.) Ha dado la mas grande prueba de su amor, muriendo sobre la cruz en lugar del pecador. Él puede salvaros, porque es fuerte. Él quiere salvaros porque es amor, y no es su voluntad que alguno de estos pequeños perezca. (Juan 4, 8. Mateo 17, 14.)

Confíaos pues á Él, arrojáos de todo vuestro corazon hácia ese salvador, que solo Él puede perdonaros, salvaros y santificaros.

---

### LA PRIMERA ORACION DE CARLOTA.

---

(CONTINUACION.)

CAPÍTULO II.



Carlota cumplió fielmente su promesa. Su serio y silencioso bienhechor no volvió á ver su cuerpo delgado y macilento

antes del dia señalado: entónceş apareció alegre y sonriéndose; pero mientras habia gente en la tienda, se mantuvo quieta á un lado, hasta que dieron las ocho en la iglesia vecina: entónceş se acercó á una señal del cafetero, y sentándose en su lugar, recibió su porcion de café con leche y su pan.

«¿Cómo se llama V., querido señor?» preguntó la niña, echando una mirada llena de gratitud á su bienhechor.

«¿Para qué esta pregunta?» contestó aquel bruscamente; «mi nombre es Daniel.»

«¿Dónde vive V., señor Daniel?»

«Vaya, vaya,» respondió este, «no hables tanto; si lo quieres preguntar todo, anda y véte. ¿Qué te importa mi habitacion? Yo no puedo ver gente preguntona. No pido nada á nadie y quiero que se me deje en paz. y si no, fuera con los impertinentes.»

«Perdonad, querido señor,» contestó Carlota avergonzada, «yo no he querido enojar á V.; yo le quiero á V. mucho, porque es V. honrado y bueno, ¿no es verdad?»

«Esto no lo sé,» respondió taciturno el maestro Daniel.

«¡Oh, sí! V. es bueno, V. hace muy buen café, y habla ademas con el agente de policia como con un amigo.»

Daniel suspiró. Absorto en sus pensamientos, comenzó á recoger sus cosas en una canasta grande: tal vez se preguntaria en secreto si podia contar otros ejemplos de su buen corazon, como los que Carlota habia decantado en su sencillez. De repente le ocurrió una idea: principió á contar sus ganancias de la mañana, y dejó caer á propósito una moneda en el empedrado húmedo, observando á la chica disimuladamente. Esta puso al instante su piececito desnudo sobre la moneda, y se la atrajo poco á poco, mientras seguia hablando.

Daniel sintió en el primer momento una opresion en el corazon, pero despues se puso contento por haber pue-

sto á prueba á la niña, y resolvióse á prohibir á la pequeña ladrona aparecer por allí. Así son los pobres, se decia; yo he querido el bien de esta chica, le he mostrado mas benevolencia que á criatura alguna en muchos años, y en la primera ocasion trata de engañar y robarme. Como miraba conmovi-



do á Carlota, observó que sus facciones cambiaron, se inclinó, levantó la moneda y la puso sin proferir palabra en un lado de la mesa.

Asombrado Daniel, le dijo: «¿Qué es esto, hijita?»

«Señor Daniel, es una moneda que se habia caido al suelo,» y al decir esto se llenaron sus ojos de lágrimas y sus mejillas pálidas se pusieron encendidas.

«Carlota,» replicó Daniel con seriedad, «díme toda la verdad.»

«Señor,» contestó la niña llorando, «yo nunca he tenido un cuarto que fuese mio, y cuando cayó este al suelo, puse el pié encima con intencion de tomarlo á escondidas. Pero ántes de concluir mi almuerzo, me acordé de su bondad y cariño conmigo, y no he podido tomar el dinero. ¡Qué maldad tan grande he hecho! ¿V. no permitirá que vuelva? ¿no es así señor Daniel? ¡Qué desgracia, qué desgracia!» Diciendo esto, lloró la pobre amargamente.

Daniel no contestó nada, y acabó de arreglar las cosas en su canasta, mientras Carlota se quedó delante de él temblando y llorando. Para ella valia este rinconcito solitario, con su olor aromático á café y su brasero encendido, tanto como un paraiso, y ahora iba á ser arrojada de allí; una vez mas tenia que regresar á la calle oscura y triste en que vivia pobre y completamente abandonada, todo por su propia culpa; esto parecia partirlle el corazón.

Daniel se volvió hácia ella, estaba conmovido tambien, y le dijo con voz temblona: «Carlota, yo no hubiera podido hacer lo que tú has hecho; puedes venir todos los miércoles, habrá un lugarcito para tí.» Cuando Carlota oyó esto, creyó ver una amonestacion en las palabras de su bienhechor, y se entristeció, á pesar de que sabia que todo le estaba perdonado; pero Daniel la observó cuando se alejaba lentamente, y se decia meneando la cabeza: «No, no; yo no podria haber procedido como ella, y jamas habria confesado mi culpa tan francamente, no, nunca.»

---

## EL ALMA HUMANA.

---

Nuestro cuerpo es la morada del alma. Nadie puede verla, porque es espíritu, y por consiguiente invisible. Ella da vida á nuestro cuerpo, que sin alma es muerto y se llama cadáver.

El alma es la que en nosotros piensa y quiere. El niño quiere ir donde está su madre. El hombre que tiene sed, quiere beber. Pero no siempre podemos hacer lo que queremos; ni siempre debemos efectuar lo que deseamos; hay cosas prohibidas.

El alma es la que siente tambien en nosotros. Si el maestro me alaba, experimento alegría; si mi padre me vitupera, siento tristeza. Quiero á mis padres, siento amor hácia ellos.

Así pues con el alma podemos pensar, querer y sentir.



## • RESURRECCION DE JESUS.



L amanecer el primer día de la semana, y el tercero después de la muerte de Jesucristo en la cruz, se sintió un gran terremoto; porque bajó del cielo un ángel del Señor, y llegándose, removió la piedra que estaba á la entrada del sepulcro de Jesus, y se sentó encima. Su semblante era como el relámpago, y su vestidura como la nieve. Y los guardas quedaron tan sobrecogidos de espanto, que permanecieron allí como muertos.

Algunas mujeres piadosas que habian venido de Galilea con Jesus, habian ya preparado desde el viérnes por la noche varias drogas y perfumes aromáticos para embalsamar el cuerpo de Jesus el domingo, y vinieron por la mañana muy temprano á la tumba. María Magdalena llegó primero, cuando todavía estaba oscuro, y viendo que habian quitado la piedra del sepulcro, corrió en busca de Simon Pedro, y del otro discípulo á quien Jesus amaba, Juan, y les dijo: «Han

llevado al Señor del sepulcro y no sabemos dónde le han puesto.»

Pedro se puso en marcha hácia el sepulcro con el otro discípulo, Juan. Corrian ambos, pero Juan iba mas de prisa que Pedro y llegó primero. Y habiendo bajado, vió la mortaja, pero no entró.

Entónces Simon Pedro, que le seguia, llegó y entró en el sepulcro y vió los lienzos en el suelo y el sudario que habian puesto á Jesus en la cabeza.

Y Juan tambien entró y vió y creyó; pues no habian ellos entendido que la Escritura dijese que habia de resucitar de entre los muertos. Con esto los discípulos se volvieron otra vez á casa.

Entretanto, María Magdalena estaba fuera del sepulcro llorando, y se inclinó á mirar dentro, y vió dos ángeles vestidos de blanco sentados el uno á la cabecera y el otro á los piés del lu-



garen donde el cuerpo de Jesus habia yacido. Y le dijeron: «Mujer, ¿por qué lloras?» Y ella les dijo: «Porque se han llevado á mi Señor, y no sé don-

de le han puesto.» Y apenas hubo dicho esto, volviéndose hácia atras, vió á Jesus en pié; mas no sabia que fuese Jesus. Jesus le dijo: «Mujer, ¿por qué lloras? ¿á quién buscas?» Ella suponiendo que era el hortelano, le dice: «Señor, si tú le has llevado, dime, dónde le has puesto, yo lo llevaré.» Entonces Jesus le dijo: «¡María!» Y ella volviéndose le contestó: «¡Raboni!» que quiere decir mi Maestro. Y Jesus le habló así: «No me toques; porque aun no he subido á mi Padre. Mas vé á mis hermanos y díles: Subo á mi Padre y á vuestro Padre, y á mi Dios y á vuestro Dios.» Y María Magdalena fué á dar parte á los discípulos de que habia visto al Señor y de las cosas que le habia dicho.

Despues Jesus se presentó á varios discípulos en diferentes maneras; comió, anduvo, y conversó con ellos por espacio de cuarenta dias. Al fin condujo á sus discípulos á un monte que les habia señalado ántes y dijo: «Se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra. Por tanto id, y haced discípulos míos á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, y enseñándolas á observar todas las cosas que os he mandado; y mirad que estoy con vosotros todos los dias hasta la consumacion de los siglos.»

Segun este mandato del Señor habeis sido bautizados también, queridos niños, y podeis estar seguros que nuestro Señor Jesucristo estará con vos-

otros siempre cuando orais á El y le amais.

## LA PRIMERA ORACION DE CARLOTA.

(CONTINUACION.)

### CAPÍTULO III.



uchas semanas pasaron, y durante los últimos tres meses del año visitaba Carlota todos los miércoles la pequeña tienda bajo el arco del puente. Esperaba con paciencia en su rinconcito hasta que estaban servidos los parroquianos, recibiendo entonces con gratitud y alegría la taza de café y el pedazo de pan que el maestro Daniel le presentaba. Pasado algun tiempo, permitió á la niña ayudarle en su negocio, pero hablaba poco y prohibia á su pequeña amiga le hiciese preguntas inoportunas. Esta de buena gana hubiera querido saber la habitacion de su bienhechor, porque no pasaba por su mente el querer ocultar su propia situacion tan triste. Vivía en un granero que habia servido como depósito de heno algun tiempo, al que subía por medio de una escalerilla de mano. Allí no habia muebles ni trastos de ninguna especie; un haz de paja le servía de cama, y algunos ladrillos puestos unos encima de otros, servían como mesas y asientos. Lo que la madre de Carlota habia poseído en un tiempo, estaba en la casa de préstamos mucho tiempo hacia; hubiera vendido la hija de buena gana, si hubiera encontrado com-

prador. Pero la niña no costaba mucho á esta madre desnaturalizada; no recibia de ella alimentos ni ropa, y palabras cariñosas jamas. Golpes y maltrato era lo que recibia la pobre niña, no ya solamente de la madre, sino tambien de los muchos vecinos que vivian en aquella casa de mala fama. El mas pequeño descuido que cometia, el error mas insignificante en los encargos sin número que se la confiaban diariamente, se castigaba con injurias y golpes.

La suerte de la pobre Carlota era de las mas miserables, y habria sucumbido tal vez á tantos trabajos y sufrimientos, si el cariño de su amigo no hubiera esclarecido su vida triste con un rayo de alegría. Durante toda la semana soñaba la pobre con el miércoles, aquel dia magnífico en que saciaba no solamente el hambre, sino tambien se confortaba su corazon con las palabras cariñosas del Sr. Daniel.

En una noche de invierno se habia alejado Carlota mucho de su cuarto, asustada con las imprecaciones de su madre. Mas triste que lo regular, andaba ella errante, llorando amargamente, cuando vió al Sr. Daniel de repente. Estaba vestido de negro; sus vestidos nuevos y su corbata blanca le daban un aspecto tan respetuoso, que ella no se atrevió á dirigirle la palabra, y se contentó con seguirle de léjos. A poco tiempo observó que se paró ante un edificio muy grande, cuya puerta abrió. Cuando habia en-

trado le siguió, quedándose atras de miedo de ser descubierta, pero su curiosidad la atormentaba; miró por la puerta medio abierta, forrada con damasco encarnado, y vió al Sr. Daniel ocupado en encender las lámparas de gas. Se encontraba en un salon grande, magnífico; los suelos estaban ricamente alfombrados, y los asientos de madera de roble respaldados, estaban forrados con terciopelo encarnado. La bóveda descansaba sobre columnas graciosas, y candelabros de cristal pendian de ella. En el fondo habia un púlpito tallado ricamente, y al otro lado un órgano soberbio.

Carlota miraba todo esto con tal estupor, que no se acordó mas del señor Daniel; pero apénas la vió, cuando se le acercó despacio, pero muy colérico, porque la pequeña vagabunda se habia atrevido á penetrar en aquella capilla aristocrática. Grande fue su temor cuando se vió descubierta, y no pudo reprimir un grito, cuando Daniel le dijo con voz colérica: «¡Fuera de aquí, no te atrevas jamas á volver aquí!»

«Sí, sí, Sr. D. Daniel, me voy, yo no pensaba hacer mal, cuando le seguia, ¡me sentia tan desgraciada! ¡Qué magnífico es todo esto aqui! Dígame V.: ¿qué es lo que se hace en este salon? ¡es tan grande como una casa!»

«¿No ves que es una capilla, y que se viene aqui para adorar á Dios?»

«¿Qué cosa es adorar á Dios?» dijo humilde la niña.

«¿Cómo? ¿no sabes qué cosa es orar? Mira: para orar uno se pone de rodillas, y el pastor sube al púlpito y habla con Dios á nombre de todos los que están congregados.»

Mientras Daniel hablaba así, la chiquita le miraba, como si le hubiera hablado en lengua extranjera, y preguntó al fin: «¿Qué cosa es Dios, y qué cosa es un pastor?»

«¡Pobre niña, qué ignorante estás!» contestó Daniel; «lo mejor que puedes hacer es irte pronto, porque esta capilla no está hecha para los chicos andrajosos. Ven, veremos si te portas bien, y me obedeces; he respondido con paciencia tus preguntas, ahora tienes que salir y no vuelvas.»

«Pero Sr. Daniel, yo todavía no sé la mitad de lo que quisiera saber. ¿No pudiera V. esconderme en alguna parte, donde yo pudiera ver y oír, sin darle el trabajo de contestar á mis preguntas?»

«No, no,» respondió Daniel altera-



do; «aquí no pueden entrar por-dioseros. ¡Fuera, al momento fuera de aquí!»

Carlota cedió, porque no debía irritar la cólera de su amigo; tenía que salir aunque no quisiera. Pero apenas había dejado la capilla, cuando observó un agente de policía que se paseaba en la calle, y se escondió tras de la puerta de la capilla. Desde este escondite pudo observar las señoras y caballeros, cuyos

vestidos podía tocar, que entraban en la capilla, y vió también como Daniel señalaba sus asientos á todas las personas y les daba libros. Un silencio completo reinó después por algunos minutos, y luego resonó una música magnífica, como Carlota no había oído jamás...; era el órgano que acompañaba con sus acordes los cánticos de los asistentes.

Nunca había sentido tal conmoción; su corazón se había estremecido; dejó triste la capilla en que había sido encantada por las luces y la música.

## LA PRIMERA ORACION DE CARLOTA.

(CONTINUACION.)

## CAPÍTULO IV.



Un Domingo tras otro volvió nuestra pequeña amiga á la capilla. Aprovechaba el momento en que Daniel

encendia el gas para esconderse tras de la puerta de entrada, desde donde podia observar todo lo que pasaba en el salon. Desde luego le habia parecido que aquel jóven con la cara pálida y benévola seria el pastor, que siempre entraba el primero con un libro debajo del brazo, muy pensativo, con aire serio y respetuoso. A veces le acompañaban sus hijas, dos niñas bonitas, que para la pobre Carlota eran objeto de admiracion.

La menor era rubia, de ojos azules; su aspecto enfermizo hacia un contraste visible

con la cara de su hermana, que respiraba salud; esta era alta y robusta, sus cabellos negros caian en rizos al rededor de su cabecita, y sus hermosos ojos, llenos de gracia, le ganaban los corazones á la primera mirada. Una noche al entrar en la capilla, vieron las niñas una chiquilla andrajosa, que caminaba quedito al lado de la pared y desaparecia tras de la puerta.

«¡Ay, hermanita!» exclamó la pequeña rubia, «¡qué frio tengo! Llama al sacristan.»

Apénas habia pronunciado estas palabras, cuando Carlota salió asustada de su escondite.

«¡Oh! señoritas,» suplicaba la pobre; «no hagan Vds. que me echen de aquí; yo soy una chica desgraciada, cuyo único consuelo es poder venir aquí. Yo no hago nada á nadie, me es-

condo tras de la puerta para oír; si el Sr. Daniel lo supiera, no me daría mas café los miércoles.»

«¡Pobre chica!» dijo Juana, la niña mayor, con tono benévolo; «no te haremos ningun mal. ¿Pero por qué te escondes allí y qué buscas aquí?»

«Me gusta mucho la música,»



contestó, «y yo quisiera saber quién es Dios, y cómo se le puede adorar. Pero en mi escondite oigo muy poco, y me voy muchas veces muy triste por esto.»

«Vendrás con nosotras y te sentarás á nuestro lado,» dijo Juana contenta.

Magdalena que oyó estas palabras, se puso colorada, y señalando con los deditos los andrajos de Carlota, dió á entender que se avergonzaria estar sentada junto á la pequeña mendiga ante toda la congregacion.

«Calla,» exclamó Juana enojada; abrió su nuevo Testamento y leyó el versículo siguiente: «Hermanos míos, no tengais la fe de nuestro Señor Jesucristo glorioso, en acepcion de personas; porque si en vuestra congregacion entra un hombre con anillo de oro y de preciosa ropa, y tambien entra un pobre con vestidura vil, y tuviéreis respeto al que trae la vestidura preciosa y le dijéreis: Siéntate tú en buen lugar; y dijéreis al pobre: Estáte tú allí en pié ó siéntate aquí debajo de mi estrado; ¿no juzgais en vosotros mismos, y venís á ser jueces de pensamientos malos?» «Ya ves Magdalena, si no llevamos á esta niñita á nuestro asiento, ¿no hacemos entónces una distincion prohibida y afligiremos al Señor Jesus?»

«No sé qué decir,» respondió Magdalena suspirando; «no me gusta ser vista en compañía de esta chica, y sin embargo de esto, ¿habla el Evangelio tan claro!..... Yo preguntaré al sacristan.»

«¡Ah, no, no, por Dios!» exclamó Carlota; «yo no volveré mas, se lo prometo, porque veo que no les gusta. No trataré de saber en adelante lo que es Dios y cómo se le debe adorar; tampoco volveré á oír esta música celestial.»

«Pero querida niña,» contestó Juana con dulzura, aunque con seriedad, «es nuestro deber decirte, cómo se llega á conocer á Dios. Papá es el pastor, iremos á verle, y él nos dirá lo que tenemos que hacer; él te amará, estoy segura de esto.»

«¿Me verá el Sr. Daniel?» preguntó Carlota con cuidado.

«Nadie te verá; papá está siempre solo en la sacristía, preparándose para el sermón. ¿Le temes?»

«¡Ah, no, le he visto pasar muchas veces, parece ser tan bueno!»

En seguida condujeron á la chica á una puerta que Juana abrió despacio, despues de haber llamado.

*(Se continuará.)*

## CUENTO DEL REBUZNO.

En un lugar sucedió que á un regidor de él le faltó un asno, y aunque el tal regidor hizo las diligencias posibles para hallarle, no fue posible. Quince dias serian pasados, segun es pública voz y fama, que el asno faltaba, cuando estando en la plaza el regidor perdido, otro regidor del mismo pueblo le dijo: «Dadme albricias, compadre, que vuestro jumento ha parecido.»

«Yo os las mando y buenas, compadre,» respondió el otro, «pero sepamos dónde ha parecido.» «En el monte,» respondió el hablador, «le ví esta mañana sin albarda y sin aparejo alguno y tan flaco, que era una compasion mirarle; quísele antecoger delante de mí y traérosle; pero está ya tan montaraz y tan huraño, que cuando llegué á él se fué huyendo y se entró en lo mas escondido del monte; si queréis que volvamos los dos á buscarle, dejadme poner esta borrica en mi casa que luego vuelvo.» «Mucho placer me hareis,» dijo el del jumento, «é yo procuraré pagároslo en la misma moneda.»

En resolucion, los dos regidores, á pié y mano á mano, se fueron al monte; y llegando al lugar y sitio donde pensaron hallar al asno, no le hallaron ni pareció por todos aquellos contornos, aunque mas le buscaron. Viendo, pues, que no parecia, dijo el regidor que le habia visto al otro: «Mirad, compadre, una traza me ha venido al pensamiento, con la cual sin duda alguna podremos descubrir este animal, aunque esté metido en las entrañas de la tierra, no que del monte; y es, que yo sé rebuznar maravillosamente, y si vos sabeis algun tanto, dad el hecho por concluido.» «¿Algun tanto decís, compadre?» dijo el otro; «por Dios que no doy la ventaja á nadie, ni aun á los mismos asnos.» «Ahora lo veremos,» respondió el regidor segundo, «porque tengo determinado que os vais vos por una parte del monte y

yo por otra, de modo que le rodeemos y andemos todo, y de trecho en trecho rebuznareis vos y rebuznaré yo, y no podrá ser ménos sino que el asno nos oya y nos responda, si es que está en el monte; á lo que respondió el dueño del jumento: «Digo, compadre, que la traza es escelente, y digna de vuestro ingenio;» y dividiéndose los dos segun el acuerdo, sucedió que casi á un mismo tiempo rebuznaron, y cada uno engañado del rebuzno del otro, acudieron á buscarse, pensando que ya el jumento habia parecido, y en viéndose dijo el perdidoso: «¿Es posible, compadre, que no fue mi asno el que rebuznó?» «No fue sino yo,» respondió el otro. «Ahora digo,» dijo el dueño, «que de vos á un asno, compadre, no hay alguna diferencia en cuanto toca al rebuznar, porque en mi vida he visto ni oido cosa mas propia.» «Esas alabanzas y encarecimiento,» respondió el de la traza, «mejor os atañen y tocan á vos que á mí, compadre; que por el Dios que me crió, que podeis dar dos rebuznos de ventaja al mayor rebuznador del mundo: porque el sonido que teneis es alto, lo sostenido de la voz á su tiempo y compas, los dejos muchos y apresurados, y en resolucion, yo me doy por vencido y os rindo la palma, y os doy la bandera de esa rara habilidad.» «Ahora digo,» respondió el dueño, «que me tendré y estimaré mas de aquí adelante y pensaré que sé alguna cosa, pues tengo alguna gracia; que puesto que

pensara que rebuznaba bien, nunca entendí que llegaba al extremo que decís.» «Tambien diré yo ahora,» respondió el segundo, «que hay raras habilidades perdidas en el mundo, y que son mal empleadas en aquellos que no saben aprovecharse de ellas.» «Las nuestras,» respondió el dueño, «si no es en casos semejantes como el que traemos entre manos, no nos pueden servir en otros; y aun en esto plegue á Dios que nos sean de provecho.» Esto dicho se tornaron á dividir y á sus rebuznos, y á cada paso se engañaban y volvian á juntarse, hasta que se dieron por contraseña, que para entender que eran ellos y no el asno, rebuznasen dos veces una tras otra. Con esto, doblando á cada paso los rebuznos, rodearon todo el monte, sin que el perdido jumento respondiese ni aun por señas. Mas ¿cómo habia de responder el pobre y mal logrado, si le hallaron en lo mas escondido del bosque comido de lobos? Y en viéndole dijo su dueño: «ya me maravillaba yo de que él no respondia; pues á no estar muerto, él rebuznara si nos oyera, ó no fuera asno; pero á trueque de haberos oido rebuznar con tanta gracia, compadre, doy por bien empleado mi trabajo.» «En buena mano está, compadre,» respondió el otro; «pues si bien canta el abad, no le va en zaga el monacillo.»

Con esto desconsolados y roncós se volvieron á su aldea, adonde contaron á sus amigos, vecinos y conocidos,

cuanto les habia acontecido en la busca del asno, exagerando el uno la gracia del otro en el rebuznar; todo lo cual se supo y se estendió por los lugares circunvecinos; y el diablo que no duerme, como es amigo de sembrar y derramar rencillas y discordia por do quiera, levantando caramillos en el viento y grandes quimeras de nonada, ordenó é hizo que las gentes de los otros pueblos, en viendo alguno de nuestra aldea, rebuznasen, como dándoles en rostro con el rebuzno de nuestros regidores. Dieron en ello los muchachos, y fué cundiendo el rebuzno de uno en otro pueblo; de manera, que son de todos conocidos los naturales del pueblo del rebuzno; y ha llegado á tanto la desgracia de esta burla, que muchas veces con mano armada, y formando escuadron, han salido contra los burladores los burlados á darse la batalla, sin poderlo remediar rey ni Roque, ni temor ni vergüenza.

(CERVANTES.)

### ADVERTENCIA.

Este periódico saldrá á luz mensualmente, al precio de medio real cada número ó sea 6 reales al año; en provincias 8 reales.

En su confeccion se ha procurado distribuirlo en cuatro medios pliegos, á fin de que cada uno de ellos sirva como periódico semanal, para el uso de las escuelas dominicales.

Rogamos á todos los que se interesen por la educacion de los niños, que nos ayuden en esta tarea, remitiéndonos enigmas, cuentecitos, artículos de Historia, Geografía, Física é Historia natural.

Los pedidos y reclamaciones se dirigirán á la Librería Nacional y Estranjera, Calle de Jacometrezo 59.

MADRID. 1875.—Imp. de J. Cruzado, Peñon, 7.